ACUARELAS DE NIÑOS

V

Manicomio de enseñanza.

Hay en nuestra sociedad, hace una quincena de años, cierta forma de vida doméstica, cierta especie nueva de familia burguesa, de cuyo tipo son modelo mis vecinos del piso entresuelo.

Esta familia ha sido invadida por la escuela, dominada, sofocada por la Dirección de Instrucción pública, convertida en Instituto científico-literario, en el cual el padre y la madre han quedado reducidos al mero oficio de administradores, ayudantes y bedeles.

El jefe de la casa, abogado hacendoso, que gana cuartos, y su señora, hija de un rico fabricante, tienen seis hijos, tres varones y tres hembras: seis caras redondas, seis cabezas rubias que pierden su color regularmente todos

los años desde los primeros días de Mayo hasta los últimos de Julio, para volver á engordar y adquirir su tinte normal en Octubre al afrontar nuevos programas académicos y al echarse á la cara nuevos profesores.

La niña mayor, de diecinueve años, entusiasta del griego y del profesor Graf, sigue su primer curso de letras en la Universidad, donde ya ha enamorado á dos estudiantes.

La segunda está en el tercer año de la Escuela profesional, en donde hay una maestra que la persigue: la menor estudia en la clase cuarta elemental de las escuelas municipales.

El primogénito estudia leyes, y es el martirio del padre, porque no quiere hacer nada.

El segundón está en segundo año del Instituto, y es la pesadilla de la madre, porque se mata trabajando.

El tercero va á la escuela superior, donde se atormenta con el dibujo, y de rechazo aflige á sus progenitores.

Las criadas y un criado, que consumen la mitad del día en el servicio de acompañar á unos y otras, llevan en el bolsillo el cuadro de las horas de los distintos establecimientos, sacando de esto motivo de cháchara y palique sin fin, porque conocen la vida y milagros de cada uno de los profesores de los seis cuerpos docentes. En la casa es un contínuo ir y venir, partir y llegar, cerrar y abrir la puerta, con un movimiento constante de carteras, cuadernos y encerados; una perpetua mescolanza de objetos de escritorio, libros y apuntes, que parece la librería donde se venden objetos de enseñanza en los días que preceden á los exámenes. Y á todas horas se oyen extraños diálogos entre los criados, del tenor siguiente:

—¿Sale á esta hora?

—Sí. Le toca griego.

—No te olvides de que hoy no hay clase de derecho.

—¿Tienes lección de matemáticas hoy por la mañana?

—No; pero salgo temprano para comprar un compás, que Dios confunda.

Pero la hora más tempestuosa es la del trabajo por la tarde, antes de comer. Cada cual se rompe la cabeza en su respectivo cuarto, saliendo de las seis correspondientes habitaciones que dan á un corredor, exclamaciones de los que luchan á brazo partido con las traducciones y los problemas, fragmentos de soliloquios filosóficos, fórmulas químicas, aoristos del verbo griego, fechas históricas, frases de selectos latinos, suspiros, arrastre de sillas sobre el pavimento movidas por impulsos impacientes, golpes rabiosos ó nerviosos de la punta de plumas metálicas metidas febrilmente en los tinteros donde siempre hay poca tinta... y la campanilla suena cada cinco minutos. Entra un pasante de griego y latín; otro que repasa las lecciones de trigonometría; una mísera institutríz que viene á meter en la cabeza los libros á la más pequeña de las escolares, y se encuentra por el corredor estudiantes de uno y otro sexo, que corren de una á otra habitación para ayudarse alternativamente, para cambiarse diccionarios, libros de tex-

to, traducciones clandestinas, ó papel secante para los cuadernos, ó arenilla para los escritos.

Alguna vez asoma su faz al cuarto de la señorita mayor la criada más joven, que frecuenta la escuela dominical, con objeto de preguntar la conjugación de un verbo que tiene ella también que llevar á su clase; y los criados, al pasar de puntillas por el corredor, se detienen en las puertas para escuchar las cosas extravagantes que dicen con voz grave profesores y profesoras y que repiten con voz tímida los estudiantes... «el dialecto dórico hablado en Tesalia, Beocia...

...los fragmentos de Alceo, de Safo, de Corina...

...*at Romæ Lentulus, cum cœteris, qui principes conjurationis erunt...*

...fíjese bien, señorita: hemos dicho que el primer tren parte á las 4 y 55 y recorre cuarenta y ocho kilómetros por hora. Si el que debe alcanzarlo, parte...»

***

Después, los pasantes y las institutrices salen, encontrándose en el recibimiento con el padre y la madre, conversando con ellos brevemente en voz baja, y entre exclamaciones dubitativas, pesimistas ó consoladoras, mueven la cabeza con desconfianza, se despiden con congratulaciones (según las circunstan-

cias del día), y queda el matrimonio, ora perplejo, ora alegre, ora de mal humor.

Entretanto, algunos de los estudiantes han concluído y cierran los libros con estrépito. La mesa está puesta, la comida pronta. Pero, en tres ó cuatro cuartos, como en otras tantas jaulas, todavía se oye el rumor de tres ó cuatro desgraciados que bufan, se retuercen en las sillas ó dan puñetazos sobre la mesa. Uno lucha con un verso de Horacio, que no ha podido tragar y lo murmura guturalmente; otro combate para buscar el final de una cláusula, y un tercero, en fin, hace la prueba de una operación aritmética, que no le sale.

El padre, impaciente, da vueltas á la mesa en muchas ocasiones como el león; los chicos, que han concluído, muertos de hambre, se desesperan por la tardanza; la menestra se enfría; la cocinera refunfuña; la señora va y viene como alma en pena; toda la casa está en la mayor agitación..... por último, todos han acabado.

Ahora habrá un poco de paz.....

***

¡Ilusión! La escuela invade también la mesa. Seis voces frescas, sonoras, incansables, caen obstinadamente de nuevo en la crónica diaria de los seis establecimientos respectivos, criticando los trabajos, relatando las riñas ó los disparates oídos en clase, las picardigüelas de

los camaradas, los trozos de autores, palabras griegas y latinas, frases ó muletillas de maestras y catedráticos. Y son seis, diez, veinte, entre profesores, maestros, directores, directoras, presidentes, pasantes, los continuamente citados, retratados, comentados, servidos por todos en la mesa y con todas las salsas.

La señora quería hablar de sus haciendas domésticas y sus visitas, y el abogado de sus negocios y de sus amigos; piden diez minutos de descanso, ruegan, suplican, ordenan, obtienen al fin un poco de silencio y alguna atención.

Pero de pronto la escuela vuelve á dominar.

La estudiante y el que sigue la segunda enseñanza se pelean por tal ó cual estrofa; la alumna de la Escuela Normal ofende á la de la Elemental con una frase despreciativa; el discípulo de instrucción primaria consulta con el cursante de la Universidad «sobre los medios de subsistencias del poder público»; y se empeñan en discusiones interminables sobre las dificultades comparadas de los cursos y las materias, paralelos entre profesores, y controversias acerca de un vocablo ó de los confines y fronteras de los continentes y naciones.

***

Y como los unos devoran y los otros vocean, éstos empiezan á comer cuando aquéllos han acabado, el servicio se hace imposible, la

señora se irrita, el señor se tapa los oídos y pide gracia, mientras el criado, entrando en la cocina con la cabeza bomba por los nombres raros que oye, pregunta á las criadas:

—¿Quién será este demonio de Jenofonte?

Y la cocinera, encolerizada porque el arroz se ha pasado, se tira á las paredes gritando:

—Vamos á reventar todos en este manicomio de sabios.